



Sal de tu Cielo

Camino hacia la
intimidad con Dios

P. Guillermo Serra, L.C.

Sal de tu Cielo

Camino hacia
la intimidad con Dios

P. Guillermo Serra, L.C.

Sal de tu Cielo. Camino hacia la intimidad con Dios

Primera edición: septiembre de 2015

Diseño de cubierta: Margara Cortés

Ilustración de portada: Julián Cicero

© P. Guillermo Serra, L.C.
© Asociación Cultural Carrasco, S.C.
© Editorial El Arca, S.A. de C.V.
Prado Norte 565
Col. Lomas de Chapultepec
C.P. 11000
Deleg. Miguel Hidalgo
México, D.F.
Tel.: 4760-4000

ISBN: 978-607-8401-12-3

www.earca.com.mx

Impreso en México
Printed in Mexico

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción, registro y transmisión total o parcial del contenido de esta publicación (texto, ilustraciones, fotografías y demás material gráfico) por cualquier medio físico o electrónico, sin previa autorización por escrito del editor.

*Al P. Álvaro Corcuera, L.C.,
quien me enseñó el camino hacia
la oración sencilla e íntima con Dios.*

Índice

Introducción	9
--------------------	---

Capítulo I

Actitudes al iniciar la oración	15
--	-----------

1. ¿Cómo acercarse a Dios en la oración con un corazón humano e imperfecto?..... 17
2. ¿Cómo hacer silencio para escuchar a Jesús? Siete silencios, siete lecciones
3. ¿Cómo ser tomados, bendecidos, partidos y dados en la oración?..... 23

Capítulo II

¿Cómo orar para tocar a Dios con el corazón?	29
---	-----------

1. ¿Cómo entrar en la presencia de Dios?
2. ¿Cómo ver a Dios en la oración?
3. ¿Cómo me ve Dios en la oración?
4. ¿Cómo romper en la oración cualquier temor a mi indignidad?..... 42

5.	¿Cómo buscar a Jesús con confianza?	45
6.	¿Cómo apagar mi sed en la oración? (Primera parte)	50
7.	¿Cómo apagar mi sed en la oración? (Segunda parte)	54
8.	¿Cómo tocar a Dios en la oración?	58
9.	¿Cómo recuperar la vista sobrenatural en la oración?	62
10.	¿Cómo resucitar a una nueva vida en la oración?	66
11.	¿Cómo presentar mis heridas a Cristo en la oración?	71
12.	¿Cómo dejar que Cristo sane mis heridas en la oración?	74
13.	¿Cómo robar el Corazón a Cristo en la oración? (Primera parte)	78
14.	¿Cómo robar el Corazón a Cristo en la oración? (Segunda parte)	82
15.	¿Cómo orar ante la cruz y la soledad, a ejemplo de María?	86
16.	¿Cómo orar cuando es «de noche»?	90
17.	¿Cómo escuchar tu nombre en la oración?	96

Capítulo III

Ejemplos de oración desde el corazón..... 101

1. ¿Cómo rezar contemplando los ojos
de Cristo? 103
2. La oración del «No sé»: un modo sencillo
de rezar para los que no saben 105

Primera parte..... 106

Segunda parte..... 107
3. La oración de los cinco sentidos..... 109
4. Bienaventuranzas de la ternura
de Dios..... 113
5. Oración para sanar las heridas..... 115
6. Letanías de sanación interior 117
7. Jesús, déjame sanar tus heridas 119
8. La oración del «Hágase»..... 121
9. ¿Cómo rezar con el Corazón
de María?..... 124
10. Oración de mi abuelita por los hijos..... 126
11. ¿Cómo consagrar tu corazón a Jesús
por María?..... 127

12. Carta de un sacerdote al Niño Dios	131
13. Mis palabras en la Basílica de Guadalupe.....	134

Apéndice 1..... 136

Definiciones de la oración.....	136
---------------------------------	-----

Apéndice 2..... 142

Citas bíblicas.....	142
---------------------	-----

Introducción

Sal de tu Cielo surgió como una oración sencilla elevada a Dios buscando su presencia y cercanía. Desde entonces, ha sido un recurso que utilizo continuamente para explicar de modo simple lo que debería ser la oración de corazón a Corazón.

Dios nos invita a una aventura hermosa: la del descubrimiento de la vida espiritual. Hay que abrir el corazón, ser valiente y audaz para aprender a escuchar a Dios decirnos al oído, como un susurro: Sal de tu tierra, abandona tus seguridades y camina hacia Mí, como lo hizo Abraham (*Gn 12,1*).

Tal vez hemos escuchado esta invitación, y posiblemente hemos salido, y nos encontramos ya lejos de nuestra tierra. Sin embargo, sigue habiendo retos, luchas, caídas, tentaciones o desorientaciones. La experiencia de Dios, que nos invita a salir, a recordar de dónde salimos y hacia dónde vamos, necesita renovarse constantemente.

En este camino, donde somos peregrinos, ese «Sal de tu tierra» se va convirtiendo poco a poco en un «Sal de tu Cielo». Ésta es la súplica que hacemos a Dios cuando nos damos cuenta que solos no podemos.

Es el grito que vivimos de un modo especial durante el periodo de Adviento, en el que nos preparamos para celebrar la Navidad: Destilad, cielos, como rocío de lo alto, derramad, nubes, al justo (*Is 45,8*).

Y es entre el «Sal de tu tierra» y el «Sal de tu Cielo» donde se da el encuentro personal entre dos seres que se aman: tú y Dios. Esto es la oración, un coloquio entre un yo y un Tú (no un Él). Ojalá aprendamos a hablar *con* Dios, y no tanto *de* Dios.

El libro se originó a partir de los artículos publicados durante un año en un blog dedicado a la oración (www.la-oracion.com). Su intención no es tratar acerca de los diversos tipos de oración, ni pretende ofrecer una metodología de pasos a seguir para lograr una oración fructífera. Más bien, quiere centrarse en el amor de Dios por nosotros y en nuestro amor por Él, en su llamado, nuestra escucha y la respuesta de nuestro corazón a su amor.

El amor es la fuente de donde surge esa comunicación entre mi alma y Dios. Es iniciativa de Él, pues Él nos ha amado primero (1 Jn 4,10), y lo único que se requiere de nuestra parte es abrir el corazón.

El libro consta de tres capítulos: en el primero se aclaran algunos conceptos necesarios, como el silencio, para poder escuchar a Dios a través de la oración, y las actitudes que favorecen la apertura del corazón y que nos animan a hablar sabiendo que somos escuchados. También se da atención especial a reconocernos como hijos amados por un Padre que nos conoce y ve más allá de nuestras imperfecciones y debilidades, porque a pesar de ellas nos busca siempre.

En la segunda parte, los capítulos están formulados con base en preguntas para meditar en circunstancias específicas, que puede atravesar el alma que quiere seguir peregrinando a la Tierra Prometida, y de pronto se descubre perdida. El fin es facilitar que se haga una experiencia profunda del amor de Dios a través de los afectos y emociones que le son más familiares.

Estas situaciones se encuentran ejemplificadas por pasajes del Evangelio, donde se narran encuentros personales con Jesús, para, a partir de ese diálogo, responder a las preguntas hechas oración. Desde esta perspectiva del encuentro vivencial en oración, se hace evidente que la limitación

y la miseria humana, retratadas en los personajes, no son un límite para el amor y la misericordia de Dios, sino la ocasión para manifestarse.

El concepto de nuestra fragilidad es una constante a lo largo del libro, así como lo es en nuestra vida; el fin es reiterar la necesidad de tomar conciencia y sentirse profundamente valorado y amado, pues esa certeza será la que nos mantenga firmes en nuestro peregrinar. Debemos conciliar la sensación propia de indignidad con el amor divino, que es misericordioso y gratuito. Todos somos capaces de Dios y de la relación con Él a través de la oración.

Al final de los capítulos se ofrecen preguntas y puntos de meditación que, con el apoyo del Espíritu Santo, ayudarán a centrarse en las ideas más importantes, aplicándolas a nuestra situación individual, para poder así crecer en la intimidad con Dios.

La tercera parte consta de distintos ejemplos de oración que pueden servir como guía para hacer oraciones similares con el propio corazón.

Sal de tu Cielo es un libro para ser leído, pero sobre todo para ser rezado. Más que leerlo de principio a fin, se sugiere saborearlo poco a poco, deteniéndose donde sea necesario, donde la oración sea más fructífera, ahí donde el corazón encuentre esa unión cercana e íntima con su Creador, con su Padre que ha salido de su Cielo para encontrarse con sus hijos peregrinos.

Sal de tu Cielo

*¿Qué será salir del cielo,
si un vaciarse y no existir?
¿O dejar el paraíso personal
para vivir para los demás?*

*Mi cielo no es tan Cielo,
me lo creo por seguridad.
Pero mientras vivo en la Tierra
el cielo es mi debilidad.*

*Sal de tu Cielo no es un grito
ni un regaño a mi alma.
Es una oración hermosa,
un suspiro que me calma.*

*Cada día me levanto
y escucho muy adentro:
«Sal de tu tierra» y obedezco
confiando en una promesa.*

*La rutina de ese eco
me golpea en lo más íntimo.
Salgo todos los días
pero pierdo el camino.*

*Por eso mi existencia
levanta la mirada a lo alto...*

*Si es que existes y me quieres,
no me digas cada día*

*que salga de mí mismo.
¡Ven tú Señor a caminar conmigo!*

*¡Sal de tu Cielo! Yo te ruego
que las nubes le lluevan
a mi alma afligida
y sin rumbo ya perdida.*

*¡Sal de tu Cielo!
El mismo que me tienes prometido.
Sé mi escudo y mi estrella,
la herencia siempre eterna.*

*Saldré entonces a la puerta.
Miraré al horizonte que me espera,
contaré estrellas y mis huellas
esperando tu presencia.*

*¡Ven Señor Jesús!
Sal de tu Cielo.*

*¡Ven Señor Jesús!
Camina mi alma.*

*¡Ven Señor Jesús!
Escóndeme en tu Corazón.*

*Cielo abierto teñido de rojo.
Cielo derramado en tus lágrimas.
Cielo prometido por tu Padre.*



Capítulo I

Actitudes al iniciar
la oración

1. ¿Cómo acercarse a Dios en la oración con un corazón humano e imperfecto?

La oración es buscar que dos corazones latan al unísono

La oración es una entrega de corazones, un intercambio de latidos, para al final encontrar el mismo ritmo y latir al unísono. Pero puede sucedernos que nos dé miedo hacer este intercambio, que no nos sintamos dignos.

Al llegar a la oración, muchas veces buscamos presentarnos ante Dios con un corazón perfecto, sin heridas ni remiendos. Pensamos que primero tenemos que arreglarlo para luego poder amarle, y olvidamos que la perfección está en el amor, no en la «perfección del corazón», y que nuestra relación con el Señor no parte de nuestra fidelidad, sino de la suya.

Nuestra fidelidad está basada en una promesa: la de Cristo

La fidelidad está basada en la promesa, en un querer firme de la voluntad de no ofender a la persona amada. Pero, ¿no habrá a veces algo de voluntarismo, de puritanismo, legalismo al querer ser fiel a toda costa, cumplir con normas, ritos y a veces quedarnos extasiados en nuestra fidelidad, dejando a un lado a la Persona y la Razón por la que vivimos y nos entregamos?

Él es tan bueno que puede permitir que caigamos, que seamos débiles y que la fidelidad no pueda ser sólo fruto de un querer, pues se corre el peligro de vivir la fe demasiado centrado en uno mismo.

La fidelidad es fruto de un amor entregado, el de Cristo, y ese amor debemos recibirlo cada día como don, mara-

villándonos de que siempre quiera acercarse a nosotros. La debilidad nos permite experimentar nuevamente el regalo que quizás habíamos dado por supuesto durante mucho tiempo. Así, podemos recordar que es mucho más virtuoso recibir su amor que darlo nosotros. Nuestra vida espiritual está centrada en Él y sus dones. Nosotros nada más correspondemos. Somos fieles porque Él es fiel.

La madurez es la constancia en el amor

Ésta es la verdadera libertad espiritual, la madurez profunda del alma que vive para Dios. Desde su debilidad, experimenta la más alta expresión del amor de Dios: su misericordia.

Sin esta experiencia vivencial de la misericordia, estaríamos incompletos en nuestro amor a Dios, porque no lograríamos comprender que lo que Él desea es que le entreguemos ese corazón de carne, que late, está vivo, busca, llora, ríe y ama. Ese corazón humano limitado, no un corazón espiritualizado, idealista, casi perfecto, ese que quisiéramos tener algún día, para entonces sí, amar a Dios.

Recordemos la parábola de la oveja perdida. Dios sale en su búsqueda, quiere su corazón herido, lastimado, imperfecto, ese que teme, que quisiera querer, pero no se atreve. El que a veces se esconde en los placeres del mundo, en la búsqueda de un Dios que no existe en la vanidad, en la soberbia ni en la sensualidad. Es ése el corazón que quiere rescatar Dios. No se lo ocultes, tus heridas son las puertas por donde Él va a entrar. Ámalo con un corazón de carne, herido, y déjale que entre y te sane. No quieras el regalo perfecto, no existe el corazón sin heridas. Ni siquiera el de Cristo estuvo libre de heridas, pues fue traspasado.

Tu debilidad será tu fortaleza si la entregas a Cristo

Experimenta tu debilidad como una bendición que te deja descubrir la esencia del Corazón de Dios en la oración y sentirte redimido por su amor, no tanto por tu fidelidad. Y así poder luego exclamar como san Agustín:

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y Tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de Ti aquellas cosas que, si no estuviesen en Ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de Ti, y ahora siento hambre y sed de Ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de Ti.

¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! Contienen también mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé a quién se ha de inclinar el triunfo. ¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! Yo no te oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo soy miserable.

Toda mi esperanza estriba sólo en tu muy grande misericordia. ¡Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras!

Para la oración:

- ✓ ¿Conozco mis limitaciones, mis defectos y mis heridas?
- ✓ ¿Comprendo que en lugar de ser una excusa para alejarme de Dios, deben ser precisamente la puerta por donde Él entre en mi vida?

- ✓ ¿Estoy dispuesto a exponer mi vulnerabilidad para ser libre? ¿A experimentar todo el amor de Dios en su misericordia?

2. ¿Cómo hacer silencio para escuchar a Jesús? Siete silencios, siete lecciones

La oración es hacer silencio para escuchar a Jesús

La oración es «música callada» y «soledad sonora». Es un grito amoroso dicho en silencio y manifestado con constancia. Es esperar para encontrar, hablar para callar, decir para escuchar.

Pero, ¿cómo vivir este silencio que es preparación indispensable para la oración? ¿Cómo vivir este lenguaje durante mi diálogo con Dios? ¿Y cómo hacer para que sea realmente un ambiente espiritual constante para toda nuestra vida interior?

Siete silencios, siete lecciones para crecer en intimidad con Jesús

- A. **El silencio del protagonismo:** al acudir a la oración nos preparamos para el encuentro con Dios, sabiendo que lo importante no es tanto lo que queremos decirle, sino lo que Él quiere decirnos. Por eso, María, tras darse cuenta en Caná de que no había vino, dijo a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (*Lc 2,5*). Escuchar al Maestro, sabiendo que Él ya sabe lo que necesitamos. Dejar que Él nos hable para que nos sorprenda con su milagro de amor y nos dé el vino que nos alegra el corazón.

- B. El silencio de las quejas, aceptando la voluntad de Dios:** el corazón entra a la oración con una historia, una experiencia y unas heridas. Ese corazón es como un mapa que Dios conoce y recorre. Deja que Él te descubra a dónde te quiere llevar y qué quiere de ti. Deja que Él te explique el para qué y te muestre su amor hecho sabiduría. Confía, escucha y camina.
- C. El silencio de la razón, cuando parece no haber sentido en mi vida:** la pedagogía de Dios necesita siempre ser iluminada por la fe. La razón necesita de esta luz, por eso he de entrar a la oración buscándola. Me hará «salir del desierto del “yo” autorreferencial, cerrado en sí mismo, y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia. Así, la fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios» (Papa Francisco, Encíclica *Lumen Fidei*, 46).
- D. El silencio de la seguridad humana:** en nuestra inseguridad, nos abrimos a la amistad de Cristo, a su cercanía y a su misericordia. Escuchamos más cuando tenemos preguntas e inseguridades. Fijamos más la atención en Él. Acudimos más a su Corazón cuando nos sentimos indefensos. Mi inseguridad en tu Corazón para que tu Corazón sea mi seguridad: ésta tiene que ser nuestra oración en este silencio.
- E. El silencio del dolor:** llegar a la cruz fijando la mirada en Él, aprender de su silencio redentor. Pocas palabras nos dijo Jesús en la cruz. Caminó sufriendo por amor;

tuvo gestos salvíficos para los que le rodeaban. Su dolor era para los demás porque vivía su unión con el Padre de manera constante. El dolor es redentor cuando se silencia y se ofrece. Entra a la oración con un sentido de ofrecimiento para que también, en silencio, puedas hacer esa ofrenda uniéndola a la de Cristo.

- F. El silencio de la humildad:** de rodillas, más cerca de la tierra («humus», «tierra» en latín, origen etimológico de la palabra «humildad»). Somos polvo y al polvo volveremos. Vivamos esta realidad con fe. Yo no soy nada Señor, pero contigo soy todo porque te tengo a Ti y esto me basta. Este silencio me hará vivir en la verdad y caminar más cerca de Jesús. El que es humilde camina por el camino estrecho, desconfiando de sí, pero confiando en Aquel que le llevará a la puerta de la vida.
- G. El silencio del abandono:** la oración me tiene que llevar a un acto de abandono que sintetiza los seis silencios anteriores. Es la actitud de la infancia y sencillez espiritual. Lanzarse al vacío porque mi Padre siempre me acoge, me protege y me cuida. Este silencio me llevará a descubrir la ternura de Dios, quien con infinitos gestos me grita al oído: «estoy locamente enamorado de ti».

Para la oración:

- ✓ ¿Cómo vivo el silencio preparatorio para la oración a lo largo del día?
- ✓ ¿Hay algo que tengo que evitar, dejar de hacer, para aprender a hablar este idioma del silencio que me abre

a una experiencia más profunda, personal y real de Dios?

- ✓ ¿Cuál de estos silencios me cuesta más? ¿Por qué?

3. **¿Cómo ser tomados, bendecidos, partidos y dados en la oración?**

Hacia una transformación profunda

La oración es entrar en el terreno sagrado del amor de Dios. Es descalzarse para quedar expuesto en su presencia y contemplar el fuego ardiente de su amor. La intimidad con el Dios del amor, de la verdad y de la vida nos tiene que llevar a una transformación profunda, semejante a la de Cristo en la Eucaristía.

A continuación, les presento cuatro pasos a seguir en la oración. Cada uno nos ayudará a lograr una meditación vivencial que nos permitirá imitar la entrega que Cristo realizó durante la Última Cena.

Ser tomados

El primer paso debe dar inicio a una oración generosa donde tomemos conciencia de que no somos nosotros los protagonistas, sino más bien es Dios el que toma la iniciativa. No hemos elegido nosotros a Dios primero, no hemos sido nosotros los que hemos decidido dedicar un tiempo a la oración. Es el Espíritu Santo el que nos mueve, nos impulsa a querer estar con Él, a entrar en su presencia.

Dios se nos adelanta y se acerca a nosotros desde su amor. Por eso «somos tomados» por Él, somos acogidos en

su Corazón y puestos en su presencia. Nuestra oración es una respuesta a esta iniciativa, es un «dejarse tomar».

Este ser tomados por Dios puede llenarnos de temor y hacernos pensar: «no soy digno de que entres en mi casa, no estoy vestido dignamente para entrar en tu presencia». La tentación de querer ser nuevamente los protagonistas en la oración puede volver: «cuando esté listo, rezaré», nos decimos; «yo elijo cuando tengo que rezar; ahora no puedo, vivo en pecado; Dios no puede escucharme».

Ser tomados es una bendición porque, en esta acción, Dios, que todo lo sabe, nos invita a confiar en Él, y así nos lleva a experimentar el amor incondicional. No soy yo el que camino en la oración hacia Dios; es Él mismo, como Buen Pastor, quien camina conmigo en sus hombros. Soy tomado, cargado, mimado y sanado por esos hombros que más tarde cargarán con la cruz en mi lugar.

Señor, yo quiero ser tomado en la oración. No permitas que sea ciego a esta experiencia de tu amor. Déjame sentir tu mano que se extiende con cariño cuando hago silencio y acepto tu presencia. Que con humildad me abandone a tu presencia para dejarme hacer como María. Quiero ser cargado y tomado por tu amor. Quiero en silencio disfrutar de tu alegría y sostén.

Ser bendecidos

El siguiente paso, después de haber sido tomados, es hacer la experiencia de la bendición.

Bendecir significa «decir bien». Con Cristo y junto a Cristo en la oración nos sentiremos bendecidos porque Él nos dice bien quiénes somos, cuánto nos ama y cuál es la meta.

Ser tomado es confiar, ser bendecidos es vivir esta confianza de modo sensible a diario. Al ser tomados en

sus hombros, como esa oveja perdida y herida, nos encontramos a una altura nueva y distinta. Vemos todo desde la visión de Dios. Escuchamos sus suaves palabras porque estamos más cerca de su rostro. Lo conocemos más íntimamente y nos damos cuenta de cómo nos conoce por nombre. Nos llama, nos atrae a sí, nos acaricia con sus manos que nos sostienen y nos dan seguridad. Esto es ser bendecidos en la oración: Cristo, llamándonos por nuestro nombre, nos «dice bien» quiénes somos y lo mucho que nos quiere.

Señor, transforma mis sentidos interiores en la oración para que pueda tocar desde la fe, la esperanza y el amor esta bendición que tú me das siempre con tu presencia. Tu voz me da seguridad, me anticipa el Cielo, me sostiene y me transforma. Soy amado con un amor eterno por un Dios que me conoce íntimamente. Déjame ser bendecido, recibir todo de Ti y para Ti.

Ser partidos

El siguiente paso es el que más duele, pero es el más necesario. Es el de la purificación, el de tener que morir para dar vida: *si la semilla no se hunde en el surco y muere no dará vida.*

Ser partidos en la oración es seguir las huellas de Cristo hasta la Última Cena, donde se parte para darse a los discípulos.

En cada corazón hay una gran capacidad de amar y de entregarse, pero para ejercitarla se necesita antes de una gran purificación. Morir al egoísmo en la oración es dejar que Cristo ilumine las partes más oscuras de nuestra alma. Es exponerlas a su amor para que, tomados de su mano, lo imitemos sin ningún miedo y sin reservas. Ser partido es doloroso, pero si queremos dar fruto hay que morir en el

surco. De una semilla pueden nacer miles. De una semilla de mostaza brota un gran árbol.

Señor, tengo miedo de ser partido, de purificar mi corazón imperfecto. No sé cómo hacerlo ni por dónde empezar. Confío en tu bondad infinita. Tómame, bendíceme y párteme para que puedas repartir mi amor donde más convenga. Yo solo no sé amar. Quiero imitar tu Corazón y hacerme Eucaristía para el mundo. Párteme después de bendecirme; quiero ser repartido en cada persona que me encuentre.

Ser entregados

El último paso de nuestro encuentro personal con el Amor es el fruto de esta experiencia. Ser tomados y bendecidos nos permite preparar el interior para multiplicarnos antes de ser entregados a las almas. Ser testigos de Cristo es donarnos, es gritar al mundo el amor de Dios y dejar un pedacito de nuestro corazón tocado por Cristo en el de cada hombre. Nos convertimos en testigos del amor de Dios, y Cristo nos dice: *dadles vosotros de comer.*

En este ser entregados, sucede algo maravilloso. Es la actualización del milagro de la multiplicación de los panes. Cuanto más me doy, menos disminuyo; al revés, me multiplico. Doy mis cinco panes y Dios los toma, los bendice, los parte y me los entrega para que los distribuya a las almas.

Doy amor, y en vez de perder amor crezco en amor. Me hundo en el surco, muero a mí mismo y tras la oscuridad del dolor, de la purificación, llega la nueva vida, la multiplicación de los frutos y de las obras.

Quiero seguir transformándome en tu amor, Señor, hasta llegar a ser uno contigo. Ser Eucaristía con la Eucaristía, ser amor con el Amor. Éste es el fruto de cada oración. ¿Quién me necesita, Señor? ¿Quién tiene hambre de Ti para que yo

pueda darte? Ahora comprendo cómo nuestro encuentro nos tiene que hacer similares, porque el Amor transforma, iguala, une y asemeja.

Quiero ser tomado por Ti, para ser bendecido en tus hombros. Quiero ser partido para poder ser entregado a más almas. Que tu Eucaristía sea siempre el recuerdo de nuestro encuentro y así, cada día, pueda convertirme en Ti, mi Jesús bien Amado.

Para la oración:

- ✓ ¿Soy consciente de la acción de Dios en mi vida y se lo agradezco? ¿Veo cómo Dios me toma con sus manos llenas de ternura?
- ✓ ¿Reconozco la bendición de Dios cuando Él me ama como soy?
- ✓ Si Dios no limita su amor por mí, ¿qué hace falta para que me disponga a ser purificado de mis imperfecciones? ¿Entiendo que sólo siendo partido puedo ser re-partido?
- ✓ ¿Estoy dispuesto a darme y dar el amor de Cristo a los demás, para así crecer en intimidad con Él?